

CUENTO

# Tierra

Por CARLOS DE AGUILAR MERLO

Estación del Mediodía a las veintidós treinta, trasbordo a las seis de la mañana y ya de nueve a once sin hora fija y con una posibilidad de retraso en la llegada equivalente en tiempo a la del recorrido, la estación reseca extremeña calcinada por el sol rodeada de eucaliptos, gallinas, una cabra y un cerdo atado de una pata, cerca de donde espera uno de los dos únicos coches de alquiler del pueblo. Todo ello después de cruzar toda Castilla, media Andalucía, y entrar en Extremadura, ya cerca de Portugal y después de bajar de un vagón viejo y sucio quizá desinfectado por última vez el día en que fue inaugurado por algún viejo Diputado del Distrito, o quizá aún antes y sólo al seleccionar la madera que había de formarlo, porque desde el mismo día de la inauguración, o quizá desde que se comenzó el tendido de las vías o mucho antes tal vez, desde que solo fue proyecto en alguna cabeza más adelantada y progresista que la de sus contemporáneos, se adivinó, se supo, se tuvo la plena conciencia que habría de transportar más animales que personas. Y todo ello sin contar las gallinas y otras bestezuelas que llevasen bajo los asientos, y no escondidas porque se les permitiría llevarlas, y aún en el mismo regazo, entre las manos callosas y disformes que no habían tenido en toda su vida un libro ni por la curiosidad de saber como estaba hecho, y tal vez aún ni siquiera podría asegurarse de todas ellas que hubieran sostenido un periódico, si bien se daba la circunstancia de haber costeado con su sudor, con su dinero, o aún con la misma carencia de él, y con su sangre en cientos de años de guerra, pillajes y saqueos de celtas, fenicios, romanos, godos, moros y franceses, el derecho de emisión de pensamiento, de la inviolabilidad de domicilio, de la libertad religiosa, de imprenta, y tantos otros derechos políticos, que ellos ni sabían que existían, ni usarían en toda su vida, aún habiéndolos conquistado y afianzado con su sudor, con su dinero, o con su misma carencia y con la sangre de los suyos.

Pero Teresa, la abuela, no es más que un nombre de mujer aunque tuviera tres hijos y abandonara a su marido que luego sería el abuelo. Y no porque naciera Gabino, el tonto, sin que ella hubiera tomado parte como debió ser, siendo la mujer del que fue el padre, sino porque quizá fuera él, su marido, quien la forzó a abandonarle. Pero si fue él, quien

la forzó a marcharse, no tardó en seguirla, aunque en dirección contraria, o solo en otra para quedarse como hizo hasta su muerte en un pueblo cercano, no más de tres horas vía del tren adelante llevándose todo el ajuar de Teresa, su mujer, por la fuerza, o regalado o dado por ella que, porque le abandonó quiso conservar a todo lo que pudiera recordarla en la casa, o en la otra a donde después se marchó, para aliviar su dolor y no aumentarlo como se dijo al dejarle las cosas, pues decidida a abandonarle como estaba, algo quería dejar tras ella, ya fuera por bondad o venganza, además de los tres hijos. Y allá, en el pueblo cercano, no más de tres horas vía del tren adelante, vivía pensando en sus hijos más que en su mujer, pues los recogió su cuñado, o tal vez los exigió para sí por considerar a sus padres incapaces de cuidarlos tantos años como haría falta hacerlo, dado que la madre, su hermana, le vendió o malvendió, nadie lo sabía, todos sus bienes para irse lejos del "condenado pueblo con solo luz eléctrica tres horas al día pero sin agua". Y el padre, luego el abuelo, empezaría ya a hacer carantoñas a la hija de su criada por vicio o por costumbre, como se decía, o por resentimiento o venganza como él mismo podía pensar. Pero que lo hizo fuera una u otra la causa, lo confirma los hijos que nacieron de ambos, después.

Pero lo que no podía esperarse, porque es fácil ocupar un puesto que no corresponde si se sabe aparentar, es que cuando la muchacha fuera madre de los dos hijos que le dio, o aquel la hizo quizá para sentirse de nuevo padre y esto lo confirma el hecho de que la madre comió durante toda su vida en la cocina, y el abuelo, que ahora solo era padre, con sus dos nuevos hijos, Trinidad y José, en el comedor. Porque si bien no pudieron casarse porque todavía tenía que existir en alguna parte su primera mujer, Teresa, porque la madre de Gabino no podía ser llamada primera, si pudieran comer juntos y dejar de llamarle don Paco, cosa que estuvo haciendo mientras vivió, dando con ello origen a que se dijera que fue la misma madre de ella quien la puso en la cama de él, haciendo fuerza si fue preciso, tal vez por amor y no interés, o solo vanidad, cosa que tendría que intentar más de una vez hasta que ella aprendiera el camino, o no ser que ya no le importara después de meterla la madre por primera vez y él la recibía nada más soltarla la misma madre. Eso siempre que no fuera ella quien lo hizo cuando su madre no la vigilaba, por no poder sujetarla bien cosida a sus faldas, para impedirlo que fuera a retozar gozosa con el señor en la cama.

Si, así era el pueblo, uno más de Extremadura, pequeño, recogido y agrietado por el sol como una verruga nitrada o el pezón de una cerda en cría. Mucho sol. Poca agua. Un pueblo no mariner. Sin horizontes. Un cielo alto y lejano. La mirada de sus vecinos, corta, recogida y suspicaz. Como los dedos de una pata de gallina cercenada, tres caminos perdidos, dando tumbos le comunican. Uno a la estación distante un par de kilómetros. Otro a Mataredonda, el pueblo más cercano y más peque-

ño de los alrededores, o tal vez aldea solamente. Iglesia, Alcaldía y Cuartelillo de la Guardia Civil. Tricornios negros, charolados, brillantes, sobre la parda tierra. Gente sufrida, recia, buenos tiradores, andadores de todas las serranías y montes. Máxima autoridad, un Cabo. El otro camino al cementerio y por no terminar allí, por no morir también entre los altos pinos y cipreses va estrechándose hasta solo ser una culebrilla polvorienta. Llenando los campos, entre los tres caminos radiales, muchas veredas andadas de hombres y bestias. A los lados, a la salida del pueblo, estiércol de niño, de hombre más adelante y de burros y mulas siempre. Pueblo sin presente ni porvenir, pero con mucha historia, en especial la Iglesia con su esbelto campanario. Su antigüedad está fuera de toda crítica o duda. Es de siglos.

Y en una calle recta y empinada que va desde el Ayuntamiento hasta los lavaderos públicos fuera del pueblo, viven, ya crecidas y viejas dos de las hijas de Teresa y don Paco. El tercero, el hijo marchó del pueblo hace muchos años, cuando era joven. Todo es cruzar una puerta y luego la calle y se cruza la otra puerta, porque viven enfrente, con la estrecha callecilla por medio. Así se espían, y se odian y se aman más fácilmente dando salida a su sexualidad contenida, pues una es solterona y la otra viuda. Si es verano, todo abierto, entrando la luz y el aire a raudales en una casa. La otra cerrada. Si es invierno, entrando la luz discretamente, al mismo tiempo que se ventila. La otra casa cerrada. Porque a una, a pesar de haberse casado y enviudado o tal vez solo por haberse casado, le gusta la luz y la limpieza, o quizá sea a los hijos, o solo a la criada. La otra hermana, no ventila, ni abre, ni airea, aunque sea la tía del que será su Señoría, porque todavía no lo es y pasarán muchos años antes de que lo sea, y sonarán muchas maldiciones de su hermano por haber aprobado la Oposición a Correos y Telégrafos. Esto será mucho antes, porque mucho después será cuando Asunción se vuelva loca y huya por las tierras de su marido maldiciendo la finca.

Pero aquellas diferencias entre las dos casas no todos las notan, ni siquiera con la misma intensidad. Para Gabino, el tonto, el de madre desconocida, el que puede ser hermano de ambas si es cierto lo que se dice del abuelo, no hay diferencia; es solo cuestión de lugar y dirección. Si vive con una, al salir para ir a la barbería, doblará a la derecha, si vive con la otra, será a la izquierda. Porque ellas, envueltas en sus negras ropas, no salen hace muchos años, a no ser a la Iglesia los domingos, al cementerio por los Santos y a la finca en uno de los coches de alquiler, cuando es necesaria su presencia por la recolección, carboneo o esquila.

Gabino, hueco fantasmón alegre, badojo sin campana, eslabón frustrado de una casta, asciende torpe por la escalera que une el piso bajo de la casa grande con el sótano, donde duerme pared por medio con la cocinera. La espalda encogida y curva para no dar con la cabeza en el techo, agarrado con la mano derecha a la pulida barandilla para no caer

al sótano ya que no tiene suficiente fuerza para fiarse solo de sus piernas, aquellas piernas que cuando joven, háce ya muchos años, tantos como cuentas y misterios todo junto tiene un rosario, no se atrevían a saltar o no sabían o no podían, unas tenazas de coger tizones y atizar la lumbre abiertas que le ponían en el suelo diciendo: "Salta, Gabino, salta". Pero Gabino, con los pies juntos, grandes y pardos como liebres encamadas, tacón con tacón y dedo gordo con dedo gordo, encogía las rodillas y se agachaba, más bien se arrugaba dispuesto a saltar y volvía a levantarse y de nuevo a arrugarse y movía los brazos, bamboleándolos atrás y adelante pero no contra el cuerpo, sino contra el aire, como si se agarrase a él o esperara agarrarse y que de pronto surgiera un asa para botar, no saltaba y resoplaba transpirando a las incitaciones jocosas de: "Salta, Gabino, salta". Porque las tenazas eran pequeñas, no de un metro, ni de cincuenta centímetros y si tal vez de treinta, pero que abiertas y en cruz serían todo lo más un crucifijo de los de dormitorio de cualquier habitación del pueblo, pero nunca de alguna lápida del cementerio aunque fuese de la tumba de algún niño.

Ya arriba, en el piso, cogía las dos pesetas de manos de la hermana, si es que lo era, como podía serlo la otra, la que vivía enfrente, y marchaba a la barbería a afeitarse por ser sábado. Pero lo que sí diría siempre y no "gracias, hermana", sería "gracias, señorita", de una forma fatal, absorbido, asimilado, pero nunca odiando, y ellas ya no sentirían la voz del hermano tonto, si es que lo era, por sentirla durante tantos años, sino la del criado pues, pasó a ser el criado de ambas aunque trabajara para cada una alternativamente, pues las dos llegaron a reñir por no mantenerlo según se decía, aunque puede ser que ni riñeron. Para la soltera, aunque millonaria, "era una carga que no podía sostener" y aunque fue siempre el criado de las dos y no otra cosa desde que pudo moverse, o ellas le vieron moverse lo suficiente como para poder servirles, pero sin espíarle, esperando simplemente, presintiendo y sabiendo a la par que crecían, que ese momento llegaría, decidieron después de reñir, si es que riñeron y no es que se alegraran al encontrar tal solución sin haberse insultado antes, reprochándose la manutención del hermano tonto o del criado fiel e inútil, según le llamaran en su profunda intimidad o tal vez solo Gabino, el mantenerlo ambas alternativamente y mensualmente rebotándoselo cada treinta días y aún deseando hacerlo ya el veintiocho por la noche, hasta que la mayor, también millonaria, se hizo cargo definitivamente de él, ya viuda desde que mataron al tendero por beato según unos y por no permitir pasar a la gente por sus tierras según otros, pues le hacían una vereda pisándole los trigos, por lo cual la aró para evitarlo. Pero no lo mandó arar el asesinado avasallando derechos ajenos de sus convecinos, sino tan solo por ser suyo y sin forzar a nadie, arando la finca que era de su mujer y que ésta heredó de su tío que la recogió comprando también la finca a la madre fugitiva, y sin valerse como también se murmuró de ser el Alcalde del pueblo en aquel entonces. Y si puso una denuncia al que

nuevamente reincidió pisando su sementera, no fue motivo ni causa racional suficiente para que g la llegada de los anarquistas al pueblo del cual se hicieron amos, o a su simple manifestación y reafirmación doctrinal, pues ya estaban en él, le mataran, a no ser y pudo ser así, que no fuese el denunciado quien le mató, pues ya había muerto, sino su familia, quien lo hizo, dado que él, de resultas de la injustificada paliza recibida en el calabozo del Ayuntamiento había muerto el día siguiente a la denuncia y destrozo en el sembrado, aunque si bien se le dejó de ver por las callejuelas del pueblo, sin sentirlo quizá ni su familia, también se, aseguró haberlo visto en varios pueblos cercanos dedicado al transporte, por ganar más y trabajar menos llevando bultos y paquetes sospechosos en épocas de tanta necesidad por tan reciente el final de la guerra, naciendo con ello una fama mercantil dedicada en pequeña escala al mercado negro. Pero esto fue años después cuando por su confusa vida ambigua a nadie podía importarle si vivía o si dijo con un tono de voz neutro pero convencido que: "una forma honrada de vida solo puede conducir al fracaso".

Que Gabino era querido por toda la familia y no solo por el tiempo de su integración en ella, pues Micaela ya llevaba quince años sirviendo con la hermana soltera y cada día era más odiada, quizá por ser mudo testigo de sus manejos sin poder impedirlo o solo evitándose despidiéndola, lo cual no era solución, pues cuando llegara con los cubos de trigo, recogidos en casa de su hermana, otra sería la que la viera cometer el pueril robo; lo demostraba hasta que la mujer del hermano de ellas, que se fugó del pueblo por no aguantar a hermanas, padre, madre y tío todos ellos fugitivos de los otros y de sí mismo como fantasmas en continuo peregrinaje, por temor a ser destruidos por los otros, absorbidos por su total afán de dominio y de autocreación en los demás, o por no querer ser simplemente un hombre de pueblo o no ser aguantado por todos ellos, tan unidos y tan iguales. Por ello cuando iba al pueblo de tarde en tarde, porque se lo pedían para que descansara allí de la atareada y nerviosa vida de la ciudad, durante sus vacaciones y no para presumir de su apostura y educación como también se decía, le miraba fija y tristemente viendo algo en aquellos ojos azul claro y en aquellas manos regordetas y pequeñas con uñas estriadas desde su nacimiento a su reborde ennegrecido y le hablaba y preguntaba cosas, por solo saber si las sabía o si recordaba o podía recordar, repitiendo estas escenas todas las tardes o casi todas las tardes, con la misma ilusión y esperanza de poder romper la membrana que encerraba su cerebro alejándolo de la realidad.

Micaela, bamboleante, rolliza, eunuca y torpe, con las mangas del traje negro remangadas por el codo dejando ver sus carnes blancas y fofas, friega, bate, abrillanta tenaz seducida y arrullada por su propio movimiento, la artesa que luego ha de llenar de cecina mientras ve sin mi-

rar a su señorita que irritada soporta la estancia del sobrino con cansancio pues ya quisiera verlo lejos, allá en la ciudad donde no pueda alterar su vida.

Sí, ahora se ve obligada a guisar, cuando ella comía sencillamente, sin gula y sin causar gastos, con un gazpacho de pepino y tomate bien sazonado con mucho aceite de oliva y unas uvas flotando en el caldo o unas sardinas asadas enteras, si habían traído pescado al pueblo y una vecina avisó antes que se acabaran, o sinó simplemente y sin padecer y sin pensar en los jamones y salchichones colgados en la cueva, se acostaba a descansar después de cenar una raja de melón y mordisquear un pedazo de pan. Porque su señorita estaba enferma o decía estarlo, y no se guisaba y ni siquiera se encendía la lumbre no gastando ni carbón, ni leña, aunque el cortijo ya estuviera produciendo muchos carros de bueyes al año de ambas cosas, o aún estando enferma no lo parecía, que no era mucho de creer su enfermedad cuando le permitía tanto movimiento, tanta conversación y hasta trabajo físico en la finca cuando iba. Pero todo eso, quizá heredado sin saber de quién, todo eso que constituía su verdadera vida de miseria y riqueza, de fuerza y debilidad, que atraía y repelía, lo rompía como si lo cortara con un cuchillo su sobrino a su llegada de la ciudad, colocando el corte a la vista y manteniendo el cuchillo en alto dispuesto a seguir cortando porque, delante de él no se podía hacer esa vida aunque lo supiera todo el pueblo y dijera y asegurara con débil voz y ojos cansados que estaba enferma y que no podía comer, ya que con solo mirarla sin llegar a hablar ni despegar los labios, o quizá precisamente por su mutismo, daba a entender que no comprendía esa miseria, siendo su actitud toda de incomprensión y extrañeza, porque era miseria y por ello violento convivirla y por ello, cuando había permanecido unos días en el pueblo que nunca pasaba de mes y medio, ni aún de un mes, comenzaba a hablar de su vuelta a la ciudad. Al principio y cuando era más pequeño, por sus estudios, yendo solo en verano aprovechando las vacaciones, y luego, como sería más adelante por el ejercicio de la profesión, solo cuando conseguía ser sustituido por un compañero.

Pero Micaela no comprendía como su señorita con un cortijo grande como no había otro en el pueblo, sino era el de su propia hermana la viuda amargada porque le mataron el marido, y que heredaron ambas por partes iguales de su tío que las recogió y que siendo de ellas compró a su madre para luego volver a dejárselo en testamento, desheredando la madre con la venta y el tío en testamento al hermano que se fue del pueblo y padre del sobrino que venía los veranos, podía dormir no ya en un cuarto pequeño, sino ni siquiera en un cuarto, que éstos, cerrados y amueblados y enfundados sus muebles permanecían sin uso, sino justo debajo de la escalera, en el reborde que hacía la antesala con la subida al piso alto, allí fue donde se situó o encajó una cama, o pequeño catre, sin respaldo a la cabecera, ni en los pies. Con una cortina sujeta y lue-

go clavada al reborde de la escalera por debajo del nacimiento de los barrotes de la barandilla forjada de hierro antiguo, tapaba el hueco donde había justo la cama y una silla donde ponía o arrojaba la poca ropa que se quitaba al tirarse a la cama, que nunca acababa de desnudarse usando tal vez la combinación de camisa de dormir hasta el extremo que cuando se sentía enferma o tal vez solo cansada y se acostaba temprano, había que levantar la cortina y a tientas, con una mano en la cama y avanzando los pies a rastras para no tropezar con sus propios zapatos o tal vez el orinal no escondido del todo bajo la cama, esperaban en la oscuridad que se sentara inclinándose hacia adelante para recibir el beso de despedida con que se la deseaba pasara una buena noche. Y tanto es así que le gustaba su nido debajo de la escalera dominando toda la planta baja y las habitaciones superiores, que en temporadas que no venía la familia de la ciudad o los hijos de su hermana no pasan a verla, aún viviendo a tres metros de su puerta, justo la anchura de la calle, por estar enfadados cosa muy frecuente pero poco duradera, permanecía aletargado, invernando, en la penumbra a veces todo un día. Luego, a cualquier hora del día, Micaela oía una voz somnolienta y dolorida pidiendo que se hiciera algo de comer, pues no merecía la pena guisar ya que no había nadie en la casa. Y Micaela, débil por vagancia, indiferencia, o antiguo apego a su señorita no encendía ni siquiera el anafre evitando el tirarse al suelo de rodillas y con las manos en los baldosines soplar hasta conseguir las primeras llamardas, y solo era abierta una orza de puerco en manteca y otra de aceitunas en aliño y con un pedazo de pan y queso rancio, comía o cenaba según fuese la hora.

Gabino, recostado en la puerta de la casa en que este mes vive, ve salir a la señorita, mientras Micaela cierra la puerta después de asomar la cabeza y mirar calle arriba y calle abajo. La ve caminar envuelta en su negro velo que alcanza a golpear sus espaldas y murmura: "Pero que mala eres, puñetera. Pa mí que muerta estabas mejor", y ella abstraída y distante no puede oír el insulto lanzado por Gabino, que tiene tan mala lengua y tantas novias como mozas le hablan. Sus dedos regordetes y cortos lían un cigarrillo torpemente. Al mojar la goma con la lengua moja el papel en exceso y al llevarlo a la boca para encenderlo, rueda el tabaco por la pechera de su chaquetilla de pana desteñida color barquillo. Lo retuerce y aprieta para que no escurra como arena lo que aún queda dentro.

Ya la señorita se pierde por la esquina de la calle muy derecha, a causa y por efecto de la faja que le compró su cuñada en la ciudad el verano pasado cuando se hizo un traje que luego se le quedó estrecho, cuando Gabino, sin verla, pero mirándola porque hace ruido en la calle, porque altera el orden anterior, porque se funde con el olor a pan cocido y jara quemada, y al frescor mañanero, enciende su cigarrillo con la cabeza inclinada, vencida hacia un lado para no chamuscarse cejas y pestañas, como viene haciendo desde hace muchos años, que ya ni recuerda



los que son, o no supo nunca, porque si difícil es averiguar los años de la iglesia o del retablo, más aún es saber cuando nació Gabino. "Pero que mala eres, puñetera, que maia". Y no fue un insulto, que no fue tal su intención, que no había tal en el enunciado sino una simple afirmación, como si dijera que llovió o que tenía hambre pero, no para que le dieran de comer porque era hora y su estómago, acostumbrado a comer periódicamente, como pudieron lograr y obtener de cualquier bestia del establo al suprimirle el pastoreo continuo, hiciera desprecio a los alimentos que tenía que digerir, sino porque sentía que tenía hambre, como siente que está vivo y que puede morir.

Que el cortijo es suyo y de su hermana viuda todos lo saben, por haber sido de su madre y luego comprado por su tío el cual las recogió y luego se lo dejó en herencia. Pero no del hermano, que todos riñeron con él y tuvo que marcharse del pueblo cuando su hermana entonces casada con el tenderete aprendía a medir las telas con la vara cuadrada de madera y a dar precios de todos los artículos arrinconados por la tienda, aunque, hay quien asegura que no pisó ni una vez el umbral de la puerta, o quizá abandonó el pueblo mucho más tarde, cuando ya era viuda, pues cuando tomaron el pueblo mataron a los señoritos arrojándolos destrozados a la mina que con los cables cortados y anegada por falta de bombas, quedó para siempre sin poderse explotar, por ser más costoso sacar el agua y ponerla de nuevo en producción que lo que iba a rendir y aún al mismo tendero por beato, que no hubo fiesta, rezo, ni sermón donde no estuviera por devoción, sumisión a los oligarcas organizadores o costumbre arraigada en su alma como podía ser la de chupar la mina del lápiz antes de hacer una cuenta. Que su hermana se casara con un hombrecito tan apocado, tímido y torpe oliendo a cera y agua bendita, nunca se lo ha explicado a no ser que fuera por afán y seguridad de poderlo tener dominado no ya más adelante, sino desde el primer día del matrimonio, como lo tuvo y se vio desde novios.

Porque fue su tío el que se lo dejó a ellas, porque para eso las recogió, y lo puso en el testamento y no le hicieron ponerlo, como mala gente decía aprovechándose de su enfermedad, soledad y soltería, y hasta se discutió por las cantinas en aquella época, para que el cortijo de su madre, el del alto peñón y los grandes cotos repletos de caza, no se perdiera en manos extrañas. Pero aquello ya no se sabía bien porque se habló mucho y se habló tanto que ya no quedó nada que decir durante los años que siguieron, que fueron muchos, porque de tanto hablar, las palabras, como el agua, lavaron el tema y lo dejaron sin olor y sin sabor y sin nada, como cristal o piedra de río, porque fue como lo de Gabino, que nadie sabía ya quien era la madre, aunque sospechaban quien fue el padre, ni le importaba, ni lo sabía, ni quería saberlo, porque tampoco había quien quisiera saberlo, ni merecía la pena tener una respuesta para quien no iba a hacer esa pregunta, que ni el abuelo, su mismo padre, podría aclararlo, llegó a decirse, si acaso fuera preguntado.

Pero ella, que pudo comprobar la bondad de su tío, no pudo saber lo bueno que era su padre, porque éste, cuando ella pudo preguntarse si fue bueno o malo, o solo indiferente, ya no le importaba, porque ya no le consideraba como padre, que viviendo ella con el tío que compró el cortijo que era de su misma madre y que sería suyo si era lo suficientemente lista como decían, o era lo estrictamente bueno como también decían otros, para parecerlo, y viviendo aquel con una criada que tenía una hija que acabaría mal siendo su madre la criada de un hombre que no respetaba mujer alguna y que su propia mujer no respetó, tal vez por eso o por otra causa que no quiso dar a conocer ni dejó descubrir, porque nunca tuvo tiempo de decir o razón que alegar, porque salió corriendo del pueblo como un fantasma esfumándose en su pequeño vacío hastiado horizonte, con el dinero de los bienes que vendió a su propio hermano para no perder en la venta o que sus hijos tal vez tampoco perdieran sus bienes aunque ella los vendiera, si es que lo hacía por ellos, pues él era soltero y no tenía herederos, salvo quizá ella misma y su otro hermano que ya no heredaría pues se enfrentó con su propio padre y con su tío, marchándose del pueblo.

Que su madre odiaba con toda su fuerza el "condenado pueblo con solo luz eléctrica tres horas al día pero sin agua", lo confirmó con su huida marcha liberadora, aunque tuviera que soportar su propia presencia.

Saber lo bueno, pues, que era o pudo ser o todavía podía ser su padre, ya no le importaba pues en cuidar un tío enfermo y en vigilar una hacienda y una hermana con iguales derechos sobre la misma hacienda, hasta el extremo que hubo que repartirla entre las dos, se le iban los días sin saber como eran, y sin darle tiempo en pensar que había también varios señoritos en el pueblo que pensaban en ella como posibilidad matrimonial y en el cortijo que dejó de administrar su padre para irse a vivir, con solo el ajuar de su mujer, con una criada y su hija, cuando aquella le abandonó.

Y así, desconfiando del cariño que podían fingirle, por casar su propia herencia y segura dote, sin comprender que era hermosa, dejó de serlo y entró en la vejez, sola y amargada.

Con el cigarro a medio consumir bien pegado ensalivado en la comisura de la boca, sujetándolo con el canto chato de las uñas amarillentas cuando lo despegaba de la boca, quemándose labios y yemas de los dedos o sin quemarse ni boca ni dedos pues en tal caso lo habría tirado, vio Gabino volver de la Iglesia a la hija de don Paco. La acompañaban las de Capel, enlutadas y pálidas como fantasmas recién surgidos de las profundidades de algún convento viejo y derruido, andando despacio, pegadas, inclinadas, con las cabezas juntas hablando urgentes y misteriosas como si no dispusieran de tiempo ni de espacio por tener que desaparecer ante un misterioso destino.

El vino de las cantinas corriendo jugoso garganta abajo calentó los sexos y alegró las mentes, por aquellos días a la evocación de la concepción clandestina de Gabino. Porque don Paco pudo ser el padre de Gabino

y un día llegar con él al cortijo y aposentarle allí en alguna tibia amoniacada cuadra, diciendo, "esta es to casa, doerme". O tal vez no fue ni eso, ni tampoco así, sino que él, Gabino, llegó allí a pedir trabajo, o solo comida, sabiendo que eran gente rica, como uno más, y sabiendo quien era, o adivinándolo al verle, o informado por la misma madre que le diría "tu hijo irá a pedirte trabajo. Cuida de él, es tonto. Yo ya hice todo lo que podía, para su bien y para su mal", o tal vez tampoco ocurrió así, y él don Paco y ella le cuidaron, no en la casa grande como un verdadero hijo, sino fuera, con la madre, entre yunteros y pastores, y ella un día fue, quizá a trabajar a otro lado, ya envejecida para tener otro hijo o no queriendo tenerlo amargamente dolorida de lo que sus entrañas vomitaban, y él quedó allí. Quedó Gabino varado como una barca, o como cualquier pescado coleteando torpe, frito de algo, sin darse perfecta cuenta que ella, su vomitadora, se había ido y que en adelante le faltaría su protección y que ya solo tendría que trabajar porque él no le defendería pues, su defensa, sería algo sucio, insano y hasta perjudicial para ambos, o dándose cuenta, o tan débilmente que ni él mismo se daría cuenta, captando solo instintivamente un débil flujo de no agresión y desprecio.

Lo que no se podía negar, por mucho vino que corriera, es que Gabino era bueno. Quizá por ello era querido sirviendo de base sin duda su origen, y así, con los años, fue mimado y tratado como un niño pequeño al que todos quitaban asperezas de su camino. Que don Paco creó y hasta fomentó este comportamiento es tan posible como que más adelante, ellas, las hijas, y las que podían ser sus hermanas le recogieron o recibieron como en herencia, como el cortijo y las siembra y los ganados, aunque este viviera por tolerancia del tío que las recogió, sin discutirse su trabajo ni su rendimiento, porque se heredó la finca y se heredaron los animales y se heredó como en un legado tácito el velar por Gabino, y cuando fue tan viejo que no servía para estar en el campo, en el cortijo, a no ser para cuidarle, a veinte kilómetros del pueblo, se lo trajeron a la casa donde después de reñir años después, se harían cargo de su cuidado de una forma alternativa cruzando la calle para comer y dormir cada mes en una casa. O tal vez no fue por su gusto, capricho y afecto, sino en contra de sus voluntades y sentimientos, por imposición del padre a todos ellos que les obligó a velar por el hermano idiota. Que los nietos de don Paco, los hijos de una y sobrinos de la otra hermana, toleraron la presencia de Gabino en su casa también se vió sin comentario por su parte y sí en cambio por los vecinos, no aceptando la disculpa de ser agradecimiento y afecto y compasión al criado que tantos años llevaba en la casa y tan querido fue por el abuelo, como si fuera su propio hijo, o su perro de confianza al cual se le arrojan los huesos y se le acaricia pensando en otra cosa por simple hábito.

También se dijo, que hubo opiniones para todos los gustos, como hubo vino para todos los paladares, que la madre de Gabino, sintiéndose

perseguida en trágica venganza, sintiéndose forzada, le dió un hijo tonto, porque fue una madre que desapareció con tal facilidad que pareció que lo había parido el padre, ya que se desvinculó con tal rapidez de él en el recuerdo de todos, o no fuera venganza ni recuerdo al violador, sino solo un inmenso sumiso agradecimiento, dentro de su debilidad mental al sentirse estrujada por los robustos brazos de don Paco que la poseían sin que éste por el contrario se riera de ella al menos por un momento, quizá solo el que duraron unidos, transmitiendo en una triste herencia materna miserable y agravada todo su retraso mental al hijo; si es que ella lo fue.

Y llegó el día en que Gabino había dicho con esa voz arañada y confusa que nunca había leído ni su propio nombre, porque fue uno de los que habían nacido para no leer, y que obligaba a los extraños a exigirle con simpatía y curiosidad que repitiera lo que había dicho, pues no había sido entendido, aunque sabían que merecía el ser oído, porque de lo contrario Gabino ni siquiera habría abierto la boca como tenía por costumbre abstraído en su propia vida: "que me duele too esto como si me muerden perros". Pero no se supo captar que le dolía todo entero su yo y que su dolor ya solo acabaría cuando él, porque en esta queja, en esta única exclamación, seguida, pesada y confusa, cuando le preguntaban como se sentía, ya fuera por curiosidad, condolencia o simple pretexto de hablarle, para no separarse del lecho sin decirle algo, había toda la transcendencia de esos mortales mordiscos, que le devoraban el costado y aún las mismas entrañas y la vida que se le iba sin ser notado, entre mordisco y mordisco clavados en su vieja carne sumisa y endurecida por años de trabajo que no le dieron ocasión, ni tiempo, ni por ello deseo, ni causa para montar en un tren, ni en un coche, ni necesidad de aprender a leer primero, ni necesitarlo después, en todos sus años de trabajo, desconociendo la redondez de la tierra, el triunfo del bien sobre el mal y aún la existencia del mismo Dios, porque no fue de los elegidos.

"Que me duele too esto como si me muerden perros". Y su queja quedó en el aire, o ni aún siquiera se separó de él mismo y se pegó a sus carnes moteadas de miedo primitivo y telúrico, sudorosas y malolientes por la fiebre y el continuo guardar cama y a su canosa barba crecida sucia de días, caldos y medicinas, limpiada con prisa y descuidado y a las mantas y sábanas apretadas contra su tembloroso aterrado cuerpo afiebrado para evitar la entrada como si viniera de fuera y no estuviera ya en él, desde que fue engendrado o sería engendrado o tendría que ser engendrado, esperando su momento, como supo esperar el otro y fue haciendo con todos ellos para lanzar su última eterna dentellada final, sin necesidad de tocar su cuello ni salpicar su sangre, ni convertir aquello en un martirio, sino en un hecho absurdo monótonamente angustiante, como tenía que ser.

Y así, de esta estúpida forma, como vino, sin causa, sin ser llamado, ni llamar, sin amar ni ser amado, sin creer ni haber sido creído, sin saber por qué, sin saber a qué, porque nació tonto, se fue, porque tenía que desasirse del mundo como vino.

- Pa mí Gabino se muere.
- Sí, como un peazo de tierra parda güerve a su joyo.
- Bien que se le quiso en too el pueblo.
- Bien que trabajó en la casa grande. Como una yunta e güeyes él solo.
- Del toque e animas no pasa.
- El rosario d'ayer lo recé enterico por su reposo eterno.
- El doctor ice que no pué jacer na. Dios nos llama y tenemos que d'ir.
- Gabino se muere.
- De la color de la tierra tié la cara.
- El señor Cura salió de la casa.
- ¡Chacho! Hicen que gabino se güelve pa'l cielo.
- Jincao en la tierra, fundió con ella, mesmamente juntico al Cristo del Crucero, vide el paso de su entierro. Y aguardé sereno, e roillas, sin saber porqué, a que lo metieran en el cementerio.

## MUEBLERIA TUNON

Sucursal:  
Avenida Central 25A-41 — Tel. 2-1415

★  
Sucursal:  
Avenida B, No. 49 — Tel. 2-4935

★  
PRINCIPAL:  
Ave. 7a. Central No. 29-124 — Tel. 5-1148

★  
TALLERES:  
Calle 16, San Francisco — Tel. 3-4662

P A N A M A  
MUEBLE GANADO,  
MUEBLE ENTREGADO

## Librería Cultural Panameña

LIBREROS, EDITORES Y DISTRIBUIDORES

Ave. 7a. Central, No. T1-49 — Apartado 2018

ESTAMOS A LAS GRATAS ORDENES DE NUESTROS  
COLEGAS DE AMERICA Y EUROPA, Y LES  
AGRADECEMOS LA REMISION REGULAR DE  
CATALOGOS DE LIBROS EN GENERAL Y  
OFERTAS DE OBRAS ANTIGUAS, MODERNAS,  
RARAS, AGOTADAS, REVISTAS, COLECCIONES, ETC.

## COLABORADORES DE "TAREAS"

**Del Extranjero:** Ardao, Arturo (Universidad de Montevideo); Aubrun, Charles (Universidad de París); Bueno, Miguel (Universidad Nacional Autónoma de México); Deleuze, Henri; Del Mazo, Gabriel; Guillén, Fedro (U. N. A. M.)

**Nacionales:** Alfredo Castellero C.; Carlos E. Ayala; David Turner M.; Leopoldo Fuentes del Cid; Guillermo C. Cohen Degovia; Ricourte Soler; Miguel Mejía Dutary; Martínez Ortega; Reina Torres de Araúz; Ornel E. Urriola; Manuel Ferrer Valdés; Humberto E. Ricord; César Young Núñez; Rogelio Sinán; Ricardo J. Bermúdez; César A. Quintero; Isaías García; Guillermo Rojas Sucre; Alfonso Rojas Sucre; José de Jesús Martínez; Homero Icaza Sánchez; César Pereira Burgos; Alberto Dutary; Ramón de Aguilar; Pedro Salazar Chambers; Zelma Alvarado de Aguilar; Enrique Chuez; José Franco; Hugo Víctor; Carlos García de Paredes; Pedro Rivera; Humberto Zárate; Carlos de Aguilar Merlo; Víctor Avila; Milvia Arbaiza de Dutary; Changmarín; Dimas Lidio Pitti; Moravia Ochoa López.

# TAREAS

---

Panamá, Julio - Agosto, 1963

Nº 10

---

## INDICE

	<b>Página</b>
<b>ESTUDIOS</b>	
Rogelio Sinán: "Freud y el Moisés de Miguel Angel".....	5
Changmarín: "Disertación sobre Literatura y Arte".....	12
Pedro Salazar Chambers: "Patrick Geddes y los Orígenes de la Planificación Urbana".....	23
Ramón de Aguilar: "Higiene Mental de la Intervención Quirúrgica" .....	33
<b>REFORMA UNIVERSITARIA</b>	
Gabriel del Mazo: "Movimiento de Reforma Universitaria en América. Sentido Universal y sentido particular" .....	46
<b>TEATRO</b>	
José de Jesús Martínez: "La Retreta".....	69
<b>POESIA</b>	
Moravia Ochoa López: "Poema".....	92
Dimas Lidio Pitti: "Poesía Infantil".....	94
<b>CUENTO</b>	
Carlos de Aguilar Merlo: "Tierra".....	108